

El Desarrollo y los Paradigmas de la Civilización Occidental

Humberto Campodónico Sánchez

*Ponencia presentada en el Foro Social Mundial de Porto Alegre 2002
en el marco del Seminario "La ilusión del desarrollo y las alternativas
de cambio social para los países del Sur",
Panel 2 del 1 de febrero del 2002.*

*El autor expone sobre los paradigmas que alimentan el imaginario
de la humanidad, se refiere a los paradigmas de la civilización occidental,
sin abordar los paradigmas de otras civilizaciones,
ni de otras religiones, que pueden ser igualmente válidos.*

LAS IDEAS DE FUKUYAMA

En 1991, cuando cayó el Muro de Berlín y, luego, se desintegró la Unión Soviética, Francis Fukuyama publicó un artículo que se volvió famoso, "El fin de la Historia". Allí, Fukuyama afirmaba que el fracaso de la propuesta socialista lo era, en lo esencial, de su modelo económico y social alternativo. Era el fin de la propiedad social de los medios de producción y, también, del régimen político "soviético", del partido único. Todo esto había sido quebrado por la historia.

Fukuyama, con este argumento, da por terminada la polémica entre Hegel y Marx en el Siglo XIX, dándole el triunfo al primero. Como se recuerda, Hegel había planteado que la historia de la humanidad no es más que la historia de las ideas en busca de la razón. De lo que se trata es de conseguir el mejor régimen económico, social y político.

Para Hegel, esto sucede a principios del Siglo XIX (irónicamente cuando en esa época está en el poder en Alemania un déspota ilustrado). Pero este planteamiento es criticado por Marx, quien pone a Hegel de cabeza, afirmando que, en verdad, la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, que el proletariado industrial es la única clase que puede tomar en sus manos la rienda de la sociedad, sobre la base de la propiedad de los medios de producción, dándose un régimen político de transición con preeminencia del Estado, pero que no sería más que una transición al comunismo, el reino de la libertad. Esa idea de Marx se concretizó por primera vez en Rusia, con la victoria del partido bolchevique, en 1917.

Para Fukuyama, esa tesis es que la habría llegado a su final con la desaparición de la URSS. Es el fin de la Historia (tanto desde el punto de vista de la búsqueda de la razón hegeliana, que habría triunfado, como del fracaso de la propuesta de la lucha de clases de Marx) y lo que se inicia es la universalización de la democracia liberal como forma final de gobierno humano. Se trata, según el esquema hegeliano, del triunfo de la idea, de la razón universal concretizada en el Estado capitalista. No importa que ese régimen no esté en vigor en todo el planeta, ni que se manifieste con imperfecciones. Para Fukuyama, el fin de la Historia es concebido como suficiente en el plano de las ideas, aunque aún no lo sea en el plano material.

El triunfo de la burguesía y de las ideas hegelianas se habría demorado, mas finalmente se habría impuesto. Por tanto, quedaba probado que no existe alternativa al régimen democrático parlamentario, como tampoco al sistema económico capitalista. En el lenguaje de hoy, por sus siglas en inglés, a eso se le llama Tina (there is no alternative). Llega el momento de un pensamiento único, de una sola manera posible de entender el mundo, que sería la del capitalismo neoliberal y de la democracia parlamentaria.

LA ECONOMÍA POLÍTICA Y SU CRÍTICA SON PARTE DE LA MODERNIDAD

Ahora, si quisiéramos ver lo que se encuentra detrás de los paradigmas, debemos inevitablemente ir un poco más atrás, aunque sea de manera esquemática. Cuando triunfó en 1789 la Revolución Francesa fue considerada el triunfo de la modernidad. De ese mismo triunfo forma parte la independencia de Estados Unidos, en 1776, que antecedió a la Revolución Francesa, pero que no tuvo la misma connotación que ésta, por no haber ocurrido en la Europa del siglo XVIII, lo que, sin embargo, no le quita para nada su importancia. Después del Renacimiento y de la Reforma, buena parte del siglo XVIII estuvo marcada por la Ilustración o Siglo de las Luces, que ponía a la razón en el centro del análisis, estimulaba el conocimiento científico y negaba la validez del régimen político monárquico del sistema feudal, propugnando la necesidad de la república democrática y de la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones.

El eje de todo el discurso de la Revolución Francesa está sintetizado en sus tres famosas expresiones: libertad, igualdad y fraternidad. Detrás de ellas, encontramos la necesidad de un cambio político, el planteamiento de la ciudadanía; la necesidad de que todo ser humano tiene el derecho y la idea de la posibilidad de tener el cielo en la tierra. Es posible alcanzar esos ideales porque el hombre dominó la técnica, lo que está sintetizado en la Revolución Industrial en marcha. La idea central es que la humanidad tiene como destino la evolución en la dirección de condiciones de vida mejores para todos. Ese discurso es también el que coloca en el centro la idea del progreso como algo inevitable.

Eso es lo que constituyó, esencialmente, el discurso de la modernidad. Y las ideas de Adam Smith, en esa época, lo afirmaron con toda claridad. En su libro "Teoría de los Sentimientos Morales", Smith dice:

"Los hombres son conducidos por una mano invisible que los hace distribuir las cosas necesarias de la vida, casi de la misma manera que habrían sido distribuidas si la tierra hubiera estado repartida en partes iguales entre todos sus habitantes; y así, sin proponérselo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y proporcionan medios para la multiplicación de la especie" (Teoría de los sentimientos morales, Parte IV, Capítulo I).

Aquí, la idea es que la mano invisible promueve la igualdad en la repartición de "las cosas necesarias". La mano invisible, entonces, promueve el interés de la

sociedad y los medios para la multiplicación de la especie. También debe subrayarse que en este planteamiento hay un fuerte contenido de solidaridad, propio del cristianismo.

Mas adelante, en “La riqueza de las naciones”, dice Smith:

“Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Más no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios” (La riqueza de las naciones).

En otras palabras, la mano invisible promueve un “fin social”. Detrás del lucro que cada individuo persigue, una mano invisible se encargará de que la igualdad llegue a todos los ciudadanos. Desde el punto de vista teórico, esto requiere supuestos que, en la práctica, no se cumplen, como la competencia perfecta y la igualdad de información. Como bien lo ha demostrado Stiglitz (El malestar en la globalización, 2001), no existe la competencia perfecta y hay asimetría de información.

Dicho esto, lo que nosotros queremos resaltar aquí es que la esencia del planteamiento de Smith es que la mano invisible lleva a la igualdad social, que es lo que le da su carácter moderno. Ese contenido ha sido dejado de lado, hoy, por los neoliberales, pues solo se hace énfasis en el afán de lucro, eliminando el concepto de igualdad.

Para Smith, entonces, el capitalismo tiene un carácter esencialmente moderno. Existe una meta narrativa, una meta discurso: la idea de la inevitabilidad del progreso, de la igualdad y la fraternidad, en ese caso, conducido por el mercado.

Hasta antes del capitalismo, el progreso técnico avanzaba lentamente y pensar en la igualdad social era considerado utópico. Como aún no había llegado la Revolución Industrial, no existía ciencia económica y “lo económico” (como en los tiempos de Carlomagno) se reducía a hablar de los cambios climáticos (si llovía o

no) y de algunos procedimientos técnicos para una mejor siembra -lo que daba lugar a una buena o mala cosecha- y, también, para una mejor administración y distribución de lo producido.

Con la Revolución Industrial esto cambia y es Adam Smith quien sienta las bases de la teoría económica. Para lo que nos interesa aquí, diremos que el crecimiento económico tenía un fin determinado, tenía implícito un mecanismo de desarrollo: el bien común, el interés de la sociedad. Son las ideas de la modernidad.

El socialismo plantea lo mismo. Se mueve dentro del mismo gran discurso narrativo: la igualdad, la libertad y la fraternidad. Pero no con la mano invisible, sino con la necesidad de una revolución social que permita llegar a los mismos objetivos. Marx llega a esa convicción con la Revolución Europea de 1848, que es un movimiento social que va contra el orden establecido en aquel momento, o sea, contra el orden capitalista.

Marx dice que el proletariado tiene que llevar adelante el mismo discurso de progreso, de la inevitabilidad del progreso técnico, de que la ciencia nos lleve a mejores resultados y a un bienestar común. La Revolución Rusa de 1917 sería la demostración, de acuerdo con esa teoría, de que esa alternativa se estaba fortaleciendo, que se podía construir un orden alternativo y, con eso, desarrollar un orden económico diferente, que podía llevar a los mismos objetivos de la modernidad.

No vamos hablar ahora de todo lo que pasó, pero es evidente que esa revolución degeneró. En virtud de múltiples razones, no se convirtió en aquello que inicialmente se proponía. Resultó en otra cosa, el llamado "socialismo en un solo país", en el cual predominaron los intereses burocráticos de una casta interna. Después vino el degollamiento de los propios dirigentes que habían iniciado y conducido la revolución, los terribles encarcelamientos y asesinatos en masa, los gulags, Stalin realizó un pacto infame con Hitler; y muchas otras cosas más.

No se consiguieron, entonces, los objetivos originarios. A pesar de eso, dentro de lo que podríamos llamar el "meta discurso" ó la "meta narrativa", se mantenía el mismo hilo conductor de la Revolución Francesa. Se propuso como meta el incremento constante de la productividad del trabajador (stakhanovismo), el crecimiento de la producción material, las ventajas del progreso técnico, entre otros. No cabe aquí discutir las razones del fracaso. Para lo que nos interesa, el eje de la argumentación es que el contenido del discurso marxista no es distinto de la modernidad.

APARICIÓN DEL ESTADO BENEFACTOR

Después de la Segunda Guerra Mundial, con base en los acuerdos de Bretton Woods de 1944, la economía mundial tuvo un periodo de crecimiento muy grande, los "30 años gloriosos", durante el cual, debido a la necesidad del sistema occidental de diferenciarse del socialismo, se crea el Estado de Bienestar. Para el economista inglés John Maynard Keynes, el equilibrio de una economía puede no ser proporcionado por la oferta y demanda en el mercado, lo que implica la necesaria intervención del Estado para llegar a un nuevo equilibrio.

Esquemmatizando, es lo que se llama "economía de la regulación". Pero no es solo eso. Se propone que el Estado está obligado a conceder seguridades económicas y de previsión social a los ciudadanos, lo que se traduce en seguros de desempleo, salarios mínimos, etc. Es evidente que esas medidas poseen una clara connotación política, pues fueron concebidas para levantar una barrera contra el orden social que se había establecido en la Unión Soviética y que, ese momento, se pensaba, como lo hizo el propio Keynes, que podría superar al capitalismo.

Los 30 años gloriosos culminan a inicios de la década de 1970: con el desmoronamiento de los acuerdos de Bretton Woods, termina la posibilidad de poder continuar acumulando dentro de esa economía mixta, donde el Estado nacional tenía preponderancia.

DÉCADA DE LOS 70: SURGIMIENTO DE MOVIMIENTOS CONTESTARIOS

A medida que ese proceso avanza, ocurren profundos cambios sociales. Desde el punto de vista del sentimiento de la juventud, de las clases obreras, de las clases medias, tanto en los países europeos y los Estados Unidos como en los países de América Latina, comienza a constituirse un sentimiento de incomodidad y de aversión en relación a los partidos políticos tradicionales, sean éstos de derecha o de izquierda, lo que va a desembocar en la gran explosión social de mayo de 1968. Superficialmente, hay una especie de mezcla de leninismo y maoísmo, de anarquismo a la Rosa Luxemburgo y de tercer-mundismo Che Guevara - Ho Chi Minh. En EEUU, los movimientos sociales y estudiantiles proponen la lucha por la paz, contra el racismo, por la igualdad de género, así como surge un fuerte movimiento con connotaciones nihilistas (los hippies).

El Desarrollo y los Paradigmas de la Civilización Occidental

La explosión de mayo 1968 fue el punto más alto de crítica a los partidos tradicionales, tanto de derecha como de la propia izquierda, motivo por el cual es importante que se indague lo que sucedió con ese movimiento. No olvidemos que ello ocurre, de un lado, en el período del más amplio crecimiento de la economía capitalista occidental (Bretton Woods aún no había estallado) y, de otro, en el punto más alto de los movimientos opositores al sistema (para llamarlos de alguna manera), a los que se agrega el triunfo de la Revolución China (1949), de la Revolución Cubana (1959), del inicio de la guerra de liberación nacional de Vietnam y de la victoria de la mayor parte de los movimientos independentistas en África y en Asia. En una palabra, transcurría el punto más alto de la utopía de un sistema económico y político-alternativo al capitalismo, el cual se basaba en la viabilidad de Estados nacionales independientes.

Lo que se constata, al analizar lo ocurrido en los años posteriores a 1968, es que la utopía del cambio social no se realizó por diversos motivos. No hubo un desenlace positivo para ese movimiento (a pesar de la victoria de los vietnamitas sobre Estados Unidos y de la Revolución de los Claveles en Portugal). La década de los 70 fue, en cierto modo, una década de apatía, de cansancio. En Europa Oriental, la revolución checoslovaca, la Primavera de Praga de 1968, fue aplastada por los tanques del Pacto de Varsovia. Lo mismo sucedió con la insurrección polaca de las décadas del 60 y 70, que cristalizó posteriormente en el movimiento Solidaridad. En América Latina, el gobierno de Salvador Allende fue también aplastado por un gobierno militar, golpes que también ocurren en Argentina y en Uruguay. Fracasa el gobierno militar de Velasco, en Perú, y también el gobierno militar ecuatoriano. Antes, habían sido liquidadas las guerrillas inspiradas en el pensamiento guevarista.

Por tanto, hablando esquemáticamente, los movimientos contestatarios pierden fuerza. Hay un desencanto con las utopías y comienzan a germinar las propuestas de que, tal vez las ideas modernas, las ideas del triunfo del progreso, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad no están dando resultado.

Por eso, la lectura de mayo de 1968 es muy importante para comprender la crítica a la modernidad y la llegada de la post-modernidad. Immanuel Wallerstein hizo una lectura en dos espacios de tiempo diferenciados. Afirma que el primero debe analizar los acontecimientos inmediatos y el segundo sus efectos en el largo plazo. Con referencia al primero, afirma que puede ser leído como la leyenda del Ave Fénix: se quemó bastante rápidamente, para luego extinguirse de manera igualmente rápida. Pero sus consecuencias a largo plazo fueron devastadoras, porque destruyeron el metalenguaje de la modernidad, del progreso inevitable, tanto en su versión liberal como de izquierda.

Para Wallerstein, esa oposición se expresa frente a los discursos de todos aquellos que proponen la vigencia de la modernidad, no solo de los conservadores y de los liberales, sino también delante del discurso de los partidos social-demócratas, de los partidos comunistas y de la extrema izquierda. Específicamente, dice:

“El elemento esencial que está en la base de que la población le dé la espalda a los partidos comunistas tradicionales, a los movimientos nacionalistas de África y América Latina y hasta a los mismos partidos social demócratas europeos, es la desilusión, la sensación que esos partidos ya tuvieron su chance histórica (...) y no consiguieron cumplir sus promesas. Había un sentimiento muy claro en vastos sectores de la población mundial de que el abismo entre ricos y pobres, entre los que están bien y los que sufren, en lugar de disminuir, está aumentando. Y esto, después de más de dos siglos de lucha permanente. Esto es más que una desilusión temporal con el desempeño de un determinado equipo de gobierno, es una pérdida de fe y de esperanza, que culminó en el espectacular desmantelamiento de los comunismos de Europa Central y Oriental y de la ex URSS” (Utopistics, 1998, 0. 31).

A PARTIR DE LOS 80: ELIMINAR AL ESTADO PARA LA EXPANSIÓN PRIVADA

En ese contexto es que se inician, en la década del 80, los extraordinarios cambios económicos que dan preeminencia al capital financiero sobre el capital productivo. El capital financiero surge en sus dimensiones más globales, ocupando todos los espacios. Se produce la desregulación financiera de la City de Londres, en 1986, el llamado Big Bang. La acumulación de capital supera el espacio de los mercados nacionales, dando lugar a la gran preeminencia de los oligopolios internacionales, de las empresas trans nacionales que ahora expresan las necesidades de acumulación de capital en escala mundial. Y ese proceso necesita cuestionar muchos de los resultados sociales obtenidos en la época del Estado de Bienestar. En esos momentos, la expresión política de las necesidades del capital financiero se encarna en los gobiernos de Thatcher, en Inglaterra y de Reagan, en Estados Unidos.

Comienza el “roll back” de las conquistas y derechos sociales alcanzados con el Estado de Bienestar, de los seguros de desempleo, de las pensiones de

jubilación, etc. Comienzan las políticas de privatización de las empresas del sector público, los recortes de los gastos sociales. Todo ahora tiene que ser "rentable y eficiente". Los espacios de acumulación de la economía mixta, en que coexistían el sector estatal y el privado, son cuestionados desde la raíz, pues la eliminación del Estado se vuelve indispensable para la expansión del capital privado.

De su lado, en la Unión Soviética y en Europa Oriental, el socialismo real, incapaz de competir económicamente a nivel internacional y de democratizarse políticamente, es cada vez más odiado y repudiado por la sociedad, en general, y por la población de esos mismos países, en particular. Poco a poco se constituyó una fuerza retrógrada, que se situó al margen de la historia. Por eso, el descontento popular desemboca en la caída del Muro de Berlín, en 1989 y, luego, de los regímenes stalinistas de toda Europa Oriental para terminar con la caída de Gorbachov en la propia URSS, en 1991. En América Latina, sin contar los fracasos políticos ya mencionados, la crisis de la deuda externa de la década de 80, no consigue ser encarada de manera conjunta por los gobiernos de los diferentes países de la región.

Esos gobiernos quedaron presos por toda parte por las nuevas formas de subordinación internacional; se mostraron incapaces de escapar a las imposiciones de los mercados financieros globales en el caso de la deuda externa (ajuste sin crecimiento). Posteriormente, desde fines de la década de 80 y principios de los 90, se impuso el Consenso de Washington -entendido como el consenso de los países mayoritarios en las decisiones del FMI, del Banco Mundial, del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y del Departamento de Tesoro-, el cual establece que, para salir de la crisis económica, es preciso acabar con los modelos de desarrollo anteriores, implementando las políticas neoliberales de privatización, desregulación, apertura, etc. En los países asiáticos, sobretudo en el Sudeste Asiático, existe otra realidad. Se pusieron en marcha políticas de industrialización y sustitución de exportaciones, basadas en una política de desarrollo nacional sustentada por una alianza entre el Estado y los empresarios, con matices de autoritarismo y rasgos dictatoriales.

HEGEMONÍA DEL CAPITAL

En ese momento, comienza a cobrar vida la propuesta de que hay un triunfo universal del capital, que significaría algo más profundo que las derrotas anteriores, porque su sentido más profundo residiría en la eliminación de las

alternativas políticas. Las razones del fin de la modernidad son claramente expresadas por Perry Anderson:

“El triunfo universal del capital significa algo más que una simple derrota de todas las fuerzas que antaño se le opusieron, aunque sea también eso. Su sentido más profundo reside en la cancelación de las alternativas políticas. La modernidad toca a su fin, observa Jameson, cuando pierde todo antónimo. La posibilidad de otros órdenes sociales era un horizonte esencial de la modernidad. Una vez se desvanece esa posibilidad surge algo así como la posmodernidad. ¿Cómo, entonces, puede resumirse la coyuntura de lo post-moderno? Una comparación sucinta con la modernidad podría ser la siguiente: la post-modernidad surgió de la constelación de un orden dominante desclasificado, una tecnología mediatizada y una política monocrómica. Pero evidentemente esas coordenadas eran solo dimensiones de un cambio más amplio, que sobrevino en la década del 70” (Los orígenes de la posmodernidad, 2000, p. 126).

Esto es, la modernidad llega a su fin cuando pierde todo antónimo, o sea cuando se pierde la referencia de que se debe acabar con alguna cosa o con alguien para que se pueda continuar avanzando. En la época de la Revolución Francesa, era preciso avanzar contra los reyes, contra la monarquía; para los socialistas, era preciso avanzar contra la burguesía. Ese es un horizonte esencial de la modernidad. Una vez que se desvanece esa posibilidad o esos antónimos, surge lo que se llama "post-modernidad", que acaba por significar algo como una anomia, como la voluntad de buscar un consumismo individual, un hedonismo, aquello que, entre los jóvenes, también ha sido llamado la "generación X".

Eso coincide con la llegada de las innovaciones tecnológicas en las telecomunicaciones (la aldea global de Marshall McLuhan, tornada posible por la televisión vía satélite), la revolución de las tecnologías de la información y del conocimiento (TIC), que permite que, poco a poco, podamos pasar a la sociedad del conocimiento, que algunos también llaman la "sociedad post-industrial".

Así, el conocimiento se convertiría en la principal fuerza de la producción, en un flujo que sobrepasaría los Estados nacionales. Esto lleva a que, al mismo tiempo, la modernidad pierda su legitimidad tradicional, su meta discurso, su narrativa.

¿Por qué? Porque en el momento en que ya no existe la idea de que la ciencia está por encima de todo para llevarnos a un destino mejor sobreviene,

El Desarrollo y los Paradigmas de la Civilización Occidental

entonces, la pérdida del discurso global de la narrativa del progreso inevitable. Se bloquean los caminos para el surgimiento de discursos alternativos.

El trazo esencial y definitivo de la condición post-moderna es, pues, la pérdida de credibilidad de las narrativas globales de la modernidad, de esa forma totalizadora de entender el mundo. Hoy, con la post-modernidad supuestamente todo es flexible, temporal. Nada dura mucho tiempo. Es el tiempo de la hegemonía incontestable de la televisión, de su imagen cambiante, del vértigo de los deportes radicales, donde todo está en juego a cada momento, incluso la vida.

¿Por qué? Porque sí. Y nada más. Esa falta de credibilidad, esa anomia, esa falta de horizonte futuro también ha llevado a la falta de rebelión frente al orden establecido (¿tiene que ser necesariamente así?). Porque ya no existe más ni capitalismo ni socialismo, ni buenos ni malos, ni pasado ni futuro, ni historia para construir. Existe únicamente el presente. En el terreno del arte, dice Frederic Jameson, citado por Perry Anderson:

"Debido en parte, sin duda, a la desorientadora coexistencia de lo ultramoderno, de lo cual no había ningún equivalente anterior, la cultura "ultra-moderna" no ha producido una visión audaz de su época ni una apreciación de su dirección general. (...) La posmodernidad es la lógica cultural de un capitalismo, no aguerrido, sino complaciente sin precedentes. La resistencia sólo puede comenzar por contemplar este orden tal como es. Y eso no existe" (Anderson, op.cit., p. 160).

En otras palabras, no hay un cuestionamiento del capitalismo como tal. Anderson afirma que el arte de vanguardia no llega a ofrecer ninguna visión alternativa por el hecho de estar demasiado imbuida de individualismo, de mirarse a sí misma. El surgimiento de una post-modernidad, de una sociedad post-industrial, donde ya no existiría meta discurso, implicaría que estaríamos simplemente inmersos en un mundo en el cual el tiempo se aprovecha individualmente. Punto.

Y claro, evidentemente, que las empresas transnacionales tienen mucho interés en fomentar esa visión, por no ser cuestionadora, porque, al no proponerse conocer el origen de los problemas, tampoco quiere entonces, saber cuáles son las alternativas.

No obstante, podríamos llegar a un nuevo momento, pero éste debería comenzar por contemplar ese orden tal cual es. Digámoslo así: la generación X

podría permanecer como está, con su anomia, los jóvenes podrían preferir el slogan "Come fútbol, sueña fútbol, toma Coca-Cola". O podrían resistir el orden actual, para comenzar.

¿Lo harán? Habrá que ver. Pero eso es lo que va a marcar los próximos años y décadas. De algún modo, eso es lo que está en marcha o, por lo menos, es lo que está propuesto, porque son los jóvenes quienes van a decidir hacia donde va este mundo.

AUMENTARON LOS CAPITALES, LA ECONOMÍA CRECIÓ Y EL CHORREO NUNCA LLEGÓ

En este punto, cabe ver lo que ocurrió en la década de 90 en América Latina, desde el punto de vista económico, cuando se produjo un flujo positivo espectacular de entrada de capitales externos a la región, a diferencia de la década de 80. La situación se invirtió completamente, por consideraciones que tiene que ver con el conjunto del orden capitalista en nivel internacional. De 1990 a 2000, ingresaron a América Latina capitales líquidos de aproximadamente US\$ 200, mil millones, incluyéndose allí lo que entró por concepto de privatizaciones. Podría decirse que pocas veces hubo ingresos tan masivos de capitales externos a América Latina.

Así comenzó el Consenso de Washington: para salir de la hiperinflación, de la deuda externa, del terrorismo o de las guerras, se planteó que debía abrirse la economía: liberalizar, desregular y privatizar. ¡Que manden las reglas del mercado, de la oferta y la demanda! Como en el arte, lo que manda es el individuo. Acabar con todas las teorías y los ejemplos anteriores. Un único campo de juego para todos, ningún tipo de regla diferenciada para los diversos agentes: el pensamiento único del neoliberalismo. El sentido común y la llamada apropiación (ownership) de esas políticas, estimuladas por el Fondo Monetario, por el Banco Mundial y por el Departamento del Tesoro, avanzaron bastante en nuestros países.

En América Latina, casi todos los países adoptaron regímenes neoliberales, no todos por imposición de Washington. En muchos países, los gobiernos fueron elegidos con ese programa. Las clases políticas, las empresariales y hasta el sentido común de los ciudadanos llevó a creer que el neoliberalismo tenía una salida para sus problemas. En ese sentido, y a pesar de las

El Desarrollo y los Paradigmas de la Civilización Occidental

resistencias verificadas en uno u otro país, pienso que el Consenso de Washington fue también un Consenso de América Latina. Comprender eso es esencial, pues nos lleva a tratar de superar, con argumentos y propuestas, el sentido común neo liberal para implantar un sentido común alternativo. Se trata de competir y ganar en el terreno de la hegemonía ideológica. Queda claro que la post-modernidad tiene un parentesco con el neoliberalismo, tomando como eje el individualismo, la anomia y la aceptación de las leyes del mercado.

¿Será ese parentesco una construcción ideológica o un sólido dato de la realidad? Si fuera lo segundo, es difícil oponerse a ello. Si fuera la primera, que es lo que pienso, entonces la tarea es factible, aunque no deje de ser difícil.

Y decimos que es factible porque ese neoliberalismo nunca consiguió, incluso durante las épocas de entradas masivas de capitales externos y de las privatizaciones, repetimos, reducir el desempleo, la pobreza y la desigualdad social. Y es eso lo que las personas ahora perciben y comprenden, aún de forma incipiente y, por eso, comienzan a sacar sus conclusiones respecto de adonde va el neo liberalismo y por donde debe dirigir sus energías. En algunos años, los índices de pobreza cayeron, pero el "chorreo" ("trickle down", en inglés) no llegó. Según la teoría neo liberal, era preciso dejar que ocurra ese crecimiento y el "chorreo" vendría por añadidura. Supuestamente, de la mano invisible de Adam Smith. Sin embargo, atención, como vimos la inicio, la propuesta de Adam Smith era moderna, tenía componentes totalizadores, de bienestar para todos.

En América Latina, eso no ocurrió. Al capitalismo neoliberal actual ya no le preocupan las ideas de igualdad social de Adam Smith (allí nos llevaría la mano invisible). Es el capitalismo de "sálvese quien pueda", de que cada uno se ocupe de sí mismo y que el mercado se ocupe del resto. Y, si el mercado no se ocupa, tampoco importa. Sin embargo, eso sí, el Estado no debe intervenir. Y si interviene en algo, será con políticas sociales orientadas para parchar los resultados del neoliberalismo, hasta que llegue el "chorreo". No importa cuanto demore. Es como un dogma de fe cristiano: en algún momento llegará, tan cierto como que Cristo también vendrá, algún día.

Mientras tanto, junto con los programas sociales, se organizaron en muchos casos regímenes autoritarios y paternalistas, como en el caso peruano. Durante el gobierno de Fujimori, que abrazó el modelo neoliberal de manera dogmática, se afirmaba que lo económico debía ser dejado al mercado. Pero como el mercado dejaba de lado al más de 50% de la población en situación de pobreza,

se pusieron en marcha para ellos políticas y programas sociales. Estos programas fueron instrumentalizados autoritariamente por el fujimorismo (una especie de populismo paternalista de cuño neoliberal) con la repartición de alimentos y computadores a cambio de votos para poder legitimarse en el poder. Eso no significa que estemos contra los programas sociales, pues son importantes para millones de pobres; estamos contra la manipulación de manera grosera de las aspiraciones de los pobres con objetivos políticos.

FATIGA DEL NEOLIBERALISMO

En realidad, el modelo neoliberal genera un crecimiento excluyente porque favorece la concentración desigual del ingreso. Por eso es que decimos que genera un crecimiento empobrecedor (cuando hay crecimiento). Es eso lo que ha ocurrido en muchos países de América Latina. Durante muchos años, eso permaneció disimulado, porque el sentido común apuntaba en la dirección que el mercado lo podía solucionar todo.

Eso comenzó a cambiar en los últimos años. Ese es el significado de la elección de Hugo Chávez en Venezuela; por lo menos en su etapa inicial, porque ahora es preciso realizar una apreciación crítica de los objetivos de ese gobierno. Ese fue también el contenido del proceso peruano de 2000-2001, en que una gran movilización popular consiguió derrocar al régimen de Fujimori. Es también lo que está pasando actualmente en Argentina, un proceso conocido por todos.

En este momento, no solo se está llegando a lo que podríamos llamar "la fatiga del neoliberalismo", sino a algo aún más importante: al convencimiento de las personas de que esos regímenes son excluyentes, generan un crecimiento empobrecedor, que favorece únicamente a determinadas clases sociales y a determinados sectores económicos. ¿Será que comienzan, entonces, a dejarse de lado las bases del neoliberalismo y de la post-modernidad?

Si eso es así, estamos, entonces, frente al desafío de encontrar nuevas ecuaciones entre el papel del Estado, del mercado y de la sociedad civil, de la participación democrática, de la descentralización económica. Resumiendo, estamos frente al desafío de reformular de manera renovada y auténtica las mismas preguntas de la modernidad.

En otras palabras: las preguntas que se hacía la modernidad fueron mal respondidas. Pero eso no invalida las preguntas, sino que cuestiona las respuestas equivocadas que, en un determinado momento, se dio a aquellas preguntas. ¿Será que solo podemos movernos con la lógica de la rentabilidad del capital? ¿Es que acaso la eficiencia solo se puede medir en términos del monto de ganancia obtenido por una empresa? ¿Acaso no debemos también cuestionar, tanto en los países del Sur como en el Norte, si esa lógica del capital, de una única eficiencia, de uno solo de los factores de producción, puede llevar adelante un crecimiento o un desarrollo? Ese es un tema esencial que tiene que ser abordado para discutir que hacer para gobernar en la globalización.

¿QUÉ HACER FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN?

Lo que hay que hacer es enfrentar el proceso de globalización, entendiéndolo como el avance de la ciencia y de la tecnología puestas al servicio de los ciudadanos del mundo. Estamos a favor de ese proceso. Pero sucede que, hoy por hoy, estamos viendo un proceso de globalización antidemocrática y excluyente, liderada por las primeras 300 transnacionales que, según la UNCTAD, controlan el 27% del PIB mundial.

¿Qué tipo de globalización es esa que determina que el Grupo de los 7 países más ricos del mundo no enfrenta las asimetrías financieras y comerciales internacionales? ¿Qué globalización es esa en la cual no se coordinan las políticas macroeconómicas? ¿Qué globalización es aquella que no lucha verdaderamente contra los problemas de la corrupción global, como el narcotráfico y la corrupción ni contra los paraísos fiscales en que se esconden las ganancias ilegítimas? ¿Qué globalización es esa en la cual proliferan de la venta de armas de los países industrializados? ¿Qué globalización es esa que hace muy poco, poquísimo, por preservar el medio ambiente, que no lucha contra el calentamiento global e incumple los compromisos asumidos en la Reunión de la Cumbre de Río con la Agenda 21?

Sin embargo, ha habido avances en la lucha por la ampliación de los derechos humanos, por la Corte Penal Internacional y por un Tribunal Internacional de Justicia. Y, a pesar de que el G-7 no persigue los objetivos de una globalización democrática, sí se comienza a vislumbrar el surgimiento de la búsqueda de una globalización distinta, democrática, sobre la base del aprovechamiento de los espacios nacionales y a nivel internacional. Es el sentido de todos aquellos

movimientos (que no corresponde desarrollar en este artículo), como el movimiento campesino de Chiapas y de los ciudadanos sociales globalizados, de los cuales el Foro Social Mundial es un ejemplo. Tuvimos Seattle, Praga, Génova y Argentina.

Esto nos demuestra que aquello que estaba propuesto como la post-modernidad, como el fin de la historia, parece no haber sido así. Está planteada la cuestión de hasta dónde los problemas (para no decir la crisis) del neoliberalismo cuestionan las propuestas de post-modernidad y nos permiten la reinauguración de ideas, utopías y realidades de los valores de la modernidad. Todo eso, claro, en un nuevo contexto, un cambio de época que significan las nuevas tecnologías, la sociedad de información y del conocimiento, la posibilidad inmensamente democratizadora para la información, la educación, el aprendizaje y la política que significa la difusión masiva de Internet, por ejemplo.

En todo caso, propongo eso para la discusión. Desde nuestro punto de vista, existe lugar para retomar los mejores valores de la Revolución Francesa y de la Revolución Rusa. Existen los ciudadanos globales, aquellos que están proponiendo otra globalización, una globalización a nivel internacional de los ciudadanos, pero con formas nuevas, con métodos nuevos, partiendo de abajo para arriba. El Foro Social Mundial no fue convocado por partidos políticos, lo que no significa que los partidos políticos no sean necesarios, sino que deben tener nuevos moldes. No nos dejemos engañar por aquellos que fracasaron anteriormente, que fue lo que pasó en mayo de 1968, cuando la gran explosión no encontró continuidad.

En ese sentido, estamos en una transición en que, para bien de la humanidad, para bien de lo que somos como seres humanos, decimos: sí, es posible retomar los valores de los fundadores de la Ilustración. Sí, es posible decir: podemos tener libertad, igualdad y fraternidad de un nuevo tipo. Fracásó del lado capitalista, fracasó del lado socialista. Pero debemos explorar la manera por la cual podemos realizar eso en otras circunstancias, porque así lo exige la ciudadanía, la humanidad, los hombres y las mujeres. Y la demostración no es solo una cuestión utópica ni de buena voluntad. Aquí estamos, en ese otro camino.